

Linces: cautivos y a sus anchas



Un lince joven en invierno tras haber comido un conejo en la sierra de Andújar, principal núcleo de animales salvajes de la Península. Andoni Canela

[Antonio Cerrillo](#)

Barcelona



Un sucesión de encinas, alcornoques y jaras marcan el camino hasta el centro de cría en cautividad del **lince** de La Olivilla, en Santa Elena (Jaén), en el parque natural de Despeñaperros, dependiente de la Junta de Andalucía. Es uno de los cuatro **centros de cría cautividad** españoles que proveen animales para ser **reintroducidos en libertad**. El sendero acaba ante un enorme portón y altísimas vallas que sugieren las murallas de un castillo con los secretos mejor guardados de la conservación de la naturaleza. Seguramente, ese aire de lugar inexpugnable debió nacer al concebirse el primer centro de cría del lince (El Acebuche, Doñana), diseñado casi como un Arca de Noé, una reserva a la que se recurriría por si el felino se extinguía en libertad.

Tras abrirse el portón, debemos envolver los zapatos en fundas de plástico ("para no transmitir patógenos"), antes de adentrarnos en las instalaciones, distribuidas en casitas de aire andaluz en donde se reparten sus dependencias: laboratorio, clínica, oficinas y un centro de control con pantallas de televisión que permiten seguir los movimientos de los animales, ahora mayoritariamente descansando. En una de ellas, es atendido un cachorro de lince, que sufre una contusión en la pierna, que está vendada. Se llama M1 de Dama, porque nació este año (se ponen las iniciales del abecedario correlativamente) y es el primer hijo de Dama. Los escolares de Santa Elena le pondrán su nombre definitivo.

Sorprende el enorme espacio del recinto de La Olivilla. Los lince viven cautivos, pero a sus anchas. Cada animal dispone de 1.250 m² entre un solar descubierto vallado (1.000 m² de terreno, con pinos, puntos elevados¿) y dos habitaciones con techo, donde las hembras tienen un cajón con corcho para que puedan parir, entre otros usos. La Olivilla tiene 23 recintos como éste, y alberga ahora 35 lince adultos y 10 cachorros.

En el recorrido, vemos a Hermes y Camarina, dos lince adultos (macho y hembra), que corretean a un lado y otro de la valla metálica que le separa en recintos colindantes, aunque hace un sol de justicia en Sierra Morena.

Los felinos siguen aquí un estricto programa de acogida destinado a completar su preparación para poderse adaptar cuando salgan en libertad. Comen presas muertas y presas vivas con una dieta basada en el conejo. Tres días comen conejo muerto y tres días comen conejo vivo mientras que el sábado comen ternera y pollo alternativamente una vez cada 15 días. "La clave es que estén a gusto para que se pueda producir la reproducción", explica María José Pérez, directora del centro de cría de La Olivilla.

El celo dura dos días y la frecuencia del apareamiento es una cópula cada dos horas (dura dos minutos) durante los dos días del cortejo.

Todo está concebido para que no haya contacto entre los animales y sus cuidadores. Es fundamental garantizar que entre ellos no se establezcan vínculos. Por eso, se han colocado barreras visuales (arbustos y otras protecciones) así como vallas que les impiden ser visibles. Para comer, el lince tiene a su disposición unas madrigueras artificiales (majanos) de forma que el cuidador, situado en el exterior y sin que lo vea el lince, coloca los conejos en una arqueta que comunica con el majano. De esta manera, cuando el conejo sale de la arqueta, el lince lo caza directamente del majano.

También se fomenta que el lince desarrolle conductas exploratorias y se le enseñan diversas técnicas de caza, para lo cual se han instalado en su recinto refugios para los conejos, de manera que el lince aprenda a pensar cómo buscar su presa.

"Buscamos también que el lince tenga una conducta huidiza hacia las personas", dice María José Pérez. De vez en cuando, el cuidador entra en su recinto, y le asusta. Es un refuerzo negativo, acompañado con el hecho de que ese día al lince no se le da alimentos. Todo, para que el animal se adapte en libertad y sepa rehuir a hombre.

La cría en los centros de cautividad del lince pivota sobre una meticulosa estrategia para sortear los riesgos de la consanguinidad de los animales y está enfocada para garantizar la máxima diversidad genética.

"La consanguinidad comporta tasas de enfermedades generalmente altas, los individuos se reproducen menos y, en general, hay menos posibilidades de que sobrevivan", recuerda José Antonio Godoy, investigador del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

Por eso, la tarea en los centros de cría busca ampliar la diversidad genética, para que los animales puedan afrontar en mejores condiciones los retos de futuro cuando salgan al campo. El manejo en cautividad permite hacer los cruces adecuados, seleccionar los ejemplares para ser llevados a su lugar de destino y repartirlos según criterios genéticos. Los cuatro centros de la Península funcionan como una red.